



Discurso pronunciado por el Dr. Esteban Jaramillo  
ante el cadáver de monseñor Rafael María Carrasquilla

Señores:

Con el corazón oprimido por intensa pena, vengo, indigno vocero del profesorado de Derecho de esta «Alma mater», a dar el odioso supremo a un grande hombre: grande por su ciencia, grande por su magnánimo corazón, grande por su virtud inmaculada, grande por su amor a la república, grande por su obra creadora de ciudadanos útiles. Pero vengo también a despedir para siempre a un gran amigo; al hombre que no tuvo adversarios, que no sintió las mordeduras de la envidia, ni las acometidas del rencor y del odio; al hombre hasta el cual no llegó el enconado furor de las multitudes, cuyos extravíos sólo son a menudo la explosión de sus sufrimientos. Todos le amábamos, porque él nos amaba; porque era bueno y magnánimo; porque sabíamos que todo lo perdonaba puesto que lo comprendía todo; porque era imposible acercarse a él sin palpar los tesoros que encerraba su grande alma, tesoros inexhaustos de desinterés, abnegación, generosidad y amor apasionado por la patria y por la humanidad; lo amábamos por sus cualidades propias, que la llama ardiente que irradiaba de todo su ser y por encendía los espíritus y calentaba los corazones. ¡Cuán

justo es el dolor que nos inunda en estos momentos, a los que tuvimos el honor de trabajar a su lado, en el surco donde día por día regaba él la semilla fecunda de nuevas generaciones! ¡Qué inmenso vacío el que deja en medio de nosotros, en este colegio del Rosario, que era el centro de su vida, el objeto de sus más caros afectos y de sus constantes desvelos, donde mandaba sin ordenar, criticaba sin herir, corregía sin ofender, atendía todo con su infinita benevolencia y todo lo llenaba con el solo prestigio de su personalidad incomparable! ¡Qué enorme falta va a hacernos su gesto de aprobación a nuestros esfuerzos, que era para nosotros recompensa de un valor inapreciable, galardón magnífico en la lucha paciente y silenciosa por preparar almas y corazones para las grandes conquistas del futuro!

Ya no le tendremos a nuestro lado. Ya no le veremos erguirse, majestuoso y sereno, en la cátedra sagrada, compitiendo con aquel otro príncipe de la oratoria cristiana, que se llamó Carlos Cortés Lee; derramando a torrentes la luz de su prodigiosa inteligencia, de su fe profunda y de su vasta ilustración, sobre los más oscuros e intrincados laberintos de la exégesis católica; conmoviendo hondamente las conciencias con su alta filosofía de la vida y de la muerte; vertiendo en las almas consuelos y esperanzas con su firme creencia en la misericordia divina; fortificando los corazones con los claros preceptos de una moral amplia y genuinamente cristiana, y haciendo, sobre los temas más abstractos, dechado de arte literario, como crea el escultor la belleza plástica sobre el mármol duro o sobre el bronce rebelde.

Ya no volveremos a oírle; «muda en sus labios la elocuencia duerme». Pero nos queda su noble espíritu, presente a todas horas en el recinto de este claustro

sagrado; nos queda el recuerdo imborrable de su figura procerca, llena de dignidad, impregnada de benevolencia y reveladora por sí sola de la noble estirpe a que pertenecía y de la grande alma que encerraba; nos queda aquí mismo, cabe los muros de esta casa familiar, su cuerpo, que fue el molde precioso donde se vació aquel espíritu dotado por la Providencia de los más altos dones y cultivado con las más excelsas disciplinas. Y sobre todo, nos quedan sus enseñanzas. ¡Ah! Señores, ¡qué vida docente más fecunda que la de Rafael María Carrasquilla! Bosquejarla siquiera es cosa que demanda espacio mucho mayor que el de esta triste y mal hilada despedida.

El nos enseñó a creer, a creer con fe robusta y consciente, a creer en Dios, en la vida, en el poder incontrastable de las ideas, en los altos destinos de nuestra colectividad; él sabía que la fe traslada los montes, porque es una fuerza superior a todas, pues siempre que creemos honda y sinceramente, nos sentimos invencibles, y cuando el escepticismo y la duda nos invaden, paralizan nuestro esfuerzo y nos desarmen en las batallas del pensamiento. El nos enseñó a amar, a amar al Sér Supremo, dispensador de todos los bienes, a cuyo servicio y al de la humanidad consagró íntegra su vida; a amar a la familia, centro de puros afectos y de gratas expansiones, baluarte seguro en la ruda pelea de la vida, huerto cerrado donde se cultivan los mejores frutos del deber y del sentimiento; a amar a la patria, que él concebía como sagrada comunidad de glorias e infortunios, de alegrías y tristezas, de triunfos y derrotas, de recuerdos y esperanzas, comunidad a la que debemos servir con todo cuanto somos y poseemos; a amar al prójimo, no sólo como precepto de moral cristiana, sino como fuerza de cohesión colectiva imponderable, pues él sabía que en la aritmética

social el amor suma y multiplica, en tanto que el odio resta y divide. Nos enseñó a amar a la república en su verdadero sentido, aquella que, como dijo Gambetta, no puede, no debe fundarse sino sobre el asentimiento de la razón colectiva; a la república, cuya cuna se meció en estos claustros, de donde salieron muchos de los hombres que fueron el alma, el verbo y el brazo de nuestra gran epopeya de emancipación; a la república libre, digna y soberana, como la idearon sus heroicos antepasados. De sus lecciones brotaba, por último, la esperanza, fuerza de gravedad que sostiene al hombre, este pequeño mundo, en su incesante agitación entre la nada de donde viene y el infinito donde tiende a sumergirse. Y no fue sólo su verbo prodigioso el instrumento de tan altas enseñanzas; fue su vida de todos los instantes la mejor lección que dictó a las generaciones presentes y futuras. ¡Qué vida más llena, más lógica, más armoniosa en todo su curso pausado y sereno! Si es verdad que los moribundos, en un momento de extraordinaria visión retrospectiva, contemplan desde el lecho de dolor todo el panorama de su vida, ¡qué grande, qué inmenso consuelo a sus penas físicas debió ser para este varón esclarecido la visión en conjunto de la obra admirable que realizó en beneficio de sus conciudadanos!

Pocas veces se puede hacer el elogio fúnebre de un hombre con más amplitud y menos reservas; pocas veces puede decirse de él con igual razón que fue grande porque supo ser bueno y fue bueno porque supo ser grande. Ante la majestad de la muerte, la censura depone sus armas, la crítica esconde sus garras, las ofensas se olvidan y los más rudos desdenes se perdonan. De entre las cuatro tablas que se llevan a la tumba una vida, brota espontánea, como flor de poesía, la benevolencia de los vivos por los que les precedieron en

la larga partida. Ante la tumba que se abre para recibir los despojos mortales de este varón preclaro, no es la misericordia, es la justicia la que nos hace exclamar con una convicción profunda: en el cielo de Colombia se ha apagado un luminar que no volverá a encenderse en muchos años!

Consagrémonos a escuchar las lecciones que se levantan de esa tumba, rodeada de la veneración de todo un pueblo. «Por grande que sea—ha dicho un célebre escritor—el atrevimiento con que nos lancemos hacia el porvenir, necesitamos, como las generaciones más tímidas del pasado, sentirnos sostenidos y guiados por la invisible presencia de los muertos». Hoy, como ayer, la piedra angular de la sociedad es una piedra sepulcral. El culto de los grandes hombres es la historia misma de la humanidad. Desgraciados los pueblos que abandonan ese culto, porque les faltan los altos faros que alumbran su camino al través de la vida.

Ante el monumento que la gratitud y la admiración de los colombianos levantará al irremplazable rector del Colegio del Rosario, vendremos a recibir inspiraciones saludables y confortantes los hombres de hoy y los de mañana, a vigorizar nuestro amor a Colombia, nuestra fe en sus destinos, nuestra adhesión a la república, el culto del Bien, de la Verdad y la Belleza, el desinterés y la abnegación por servir a la patria, como él la sirvió, con realizaciones fecundas y no con palabras estériles. A ello nos moverá en gran parte la consideración de que él nos pertenecía en cuerpo y alma; de que era todo nuestro, carne de nuestra carne, pedazo de la viva entraña de Colombia. Su vasta cultura no era un caudal traído de fuera, ni su espíritu se había vaciado en los moldes exóticos del moderno cosmopolitismo. Era una alta expresión de nuestra raza; vivo representante del genio latino, sonoro y armonioso;

conjunto admirable de sentido práctico y del más alto idealismo. En el culto que le profesamos hay, pues, forzoso es confesarlo, algo de egoísmo, un poco de propia admiración colectiva. Ese culto se confunde con el orgullo de formar parte de una comunidad de hombres que puede dar frutos de selección tan preciosos, que merecerían los homenajes de pueblos más civilizados que el nuestro.

¡Oh!, varón sabio y virtuoso, maestro de maestros, gloria de la patria, orgullo de la iglesia, espejo de caballeros, dechado de ciudadanos, rogado por Colombia a que tanto amásteis; interceded porque sus hijos, unidos en fraternal alianza y guiados por el ejemplo de sus muertos ilustres, realicen, dentro del reinado de la paz, la justicia y la libertad, la grande obra de progreso social y de civilización cristiana que fue objeto de vuestros fervientes anhelos. Y dejad a la gratitud de nuestros corazones el cuidado de vuestra memoria y el culto ferviente de vuestro nombre.

